

rablemente la policía, proporcionó nuevos arbitrios para sostener una fuerza de seguridad, hizo ménos precaria la situación de los empleados públicos, procuró con ahinco y logró en parte, la persecucion de los bárbaros, restituyó á Chihuahua la respetabilidad perdida, y, para decirlo en una sola frase, en ocho meses de gobierno hizo mucho más en bien de aquella fraccion de la República que en largos años habian hecho sus antecesores.

En este mismo período recibió el despacho de primer ayudante del primer escuadron de "Defensores de la Patria" y el nombramiento en propiedad de juez letrado de lo civil.

Pero cuando sus servicios y sus personales circunstancias le habian conquistado la estimacion y la gratitud de sus conciudadanos; cuando en él estaban cifradas las más halagadoras esperanzas del pueblo; cuando en su gobierno estaban simbolizados el progreso, el engrandecimiento, la paz y el bienestar de Chihuahua, le hirió la muerte el 24 de Mayo de 1840.

No es necesario detenerse á referir el duelo público, el pesar profundo que aquel fatal suceso causó. Irigoyen, que habia derramado el bien por donde quiera, que por su modestia jamás se habia distinguido del último ciudadano, que por su honradez era de todos respetado, que por su amor al progreso habia despertado tan dulces esperanzas, que por la bondad y la dulzura de su carácter no tenia ni podia tener enemigos, fué llorado por el pueblo que le contaba entre sus mejores hijos.

Para poder apreciar la significacion de Irigoyen en la historia de Chihuahua, es necesario tener presente que en la época en que le tocó figurar no eran por cierto los jóvenes los que estaban llamados á regir los destinos de los pueblos, sino que por el contrario, existia la preocupacion de que sólo los años y no la inteligencia, imprimen en el alma el reposo y la sabiduría que ha menester un gobernante.

Todavía en nuestros dias adúcese como argumento en contra de algunos personajes su inexperiencia, sus pocos años; todavía hoy existe la preocupacion de que una cabeza cana es más respetable por el solo hecho de estarlo, que la que no lleva *el pol-*

*vo del camino de la vida*, aunque allí estén atesorados los conocimientos que elevan y engrandecen al hombre. Y si esto se escucha en nuestra época, ¡qué no se diria en la de Irigoyen! A pesar de todo, el verdadero mérito siempre triunfa.

### IXTLILXOCHITL, Fernando de Alba.

Fernando de Alba Ixtlilxochitl, que entre los primitivos historiadores mexicanos ocupa un lugar prominente, nació en Tezcuco, por el año de 1570, y era descendiente en línea recta de los soberanos de Tezcuco. Aunque la posteridad real, por haber sido tan numerosa, se vió reducida á la mayor pobreza, nuestro historiador, como descendiente de la principal mujer de Netzahualpilli, cónservó un rango distinguido.

Desempeñó cerca del virey el cargo de intérprete regio, para el cual era muy á propósito por sus conocimientos en los jeroglíficos y en las lenguas mexicana y española. Su origen le granjeaba la amistad de los grandes de su nacion, algunos de los cuales conservaban empleos de importancia bajo el nuevo gobierno, y habian tenido, por lo tanto, ocasion de acopiar manuscritos indios que fácilmente podia consultar Ixtlilxochitl. Él era dueño de una gran librería, y con este y otros materiales emprendió diligentemente el estudio de las antigüedades tezcucanas. Descifró los jeroglíficos, recogió los cantos y las tradiciones populares de importancia, y corroboró estas noticias con las que recibia de algunos ancianos que habian tratado con los conquistadores. Con tan preciosos datos escribió varias obras sobre la historia antigua de las razas tezcucanas y toltecas, continuándolas hasta terminar con la ruina del imperio por las armas españolas. Todas estas obras, compiladas bajo el título de *Relacio-*

nes, son compendios y repeticiones unas de otras. *La Historia chichimeca*, en el concepto de los sabios, es la mejor dispuesta y la más completa de la serie. Ella ha servido á los historiadores Sigüenza, Clavijero, Betancourt, Gemelli, Prescott, y cuantos de la materia han tratado. Traducida al frances con fidelidad y elegancia, forma parte de la famosa *Coleccion* de Ternaux-Compans que tanto ha servido para ensanchar en Europa los conocimientos acerca de la historia de América.

Prescott, refiriéndose al historiador tezcucano, dice: "Los escritos de Ixtlilxochitl tienen muchos de los defectos propios de su época. Muy á menudo emplea sus páginas en referir incidentes triviales y aun inverosímiles, aumentando esto último al paso que se trata de acontecimientos más remotos, porque la distancia, que disminuye la magnitud aparente de los objetos vistos con los ojos materiales, la aumenta cuando se le ve con los del espíritu. Su cronología, como lo he dicho más de una vez, es confusa y embrollada, hasta el punto de ser imposible desenmarañarla. Frecuentemente presta oídos fáciles á tradiciones y cuentos que en nuestro tiempo asustarían al crítico ménos escéptico. No obstante, hay en sus escritos tales apariencias de candor y buena fe, que el lector fácilmente se convence de que la peor causa que reconocen sus errores es la parcialidad nacional; y ciertamente que semejante defecto es excusable en el descendiente de una alta familia, despojado de su antiguo esplendor y á quien debia ser lisonjero revivirlo (aun más brillante de lo que fué), aunque fuese en las páginas de la historia. Debemos también considerar que si su narración es á veces increíble, depende de que ha intentado penetrar en los misteriosos senos de la antigüedad, donde se encuentran mezcladas la luz y las tinieblas, y donde todo es susceptible de desfigurarse, como se ve al través del nebuloso medio de los jeroglíficos. En consideración á todo esto, vemos que el historiador tezcucano tiene justos títulos á nuestra admiración por la exactitud de sus indagaciones y por la sagacidad con que las ha dirigido. Nos ha iniciado en el conocimiento del pueblo más culto de Anáhuac, cuya historia, no obstante que se ha conservado, apenas se ha podido com-

prender en los últimos tiempos: nos ha ofrecido un punto de comparación que rectifique nuestras ideas acerca de la civilización de América. Su lenguaje es sencillo, y á veces elocuente y sentido. Sus descripciones muy pintorescas, y abundan en anécdotas familiares. La naturalidad y belleza de su estilo al referir los acontecimientos más notables de la Historia y las aventuras personales de sus héroes, le hacen acreedor al nombre de *El Livio de Anáhuac*."

Otros muchos juicios podríamos citar; pero creemos que basta el anterior, que reúne varias de las condiciones que apetecemos. Prescott, en nuestro concepto, calificó muy acertadamente á todos los historiadores mexicanos; su opinión, respetada en el mundo científico, es tanto más digna de tomarse en consideración, cuanto que él, en su calidad de extranjero, tiene que aparecer más imparcial que los escritores nacionales, á quienes podía suponerse interesados en enaltecer á sus compatriotas. Por eso al tratar de cada uno de nuestros antiguos historiadores, citamos preferentemente á Prescott.

Volviendo á Ixtlilxochitl, dirémos que en una real cédula fechada en Madrid el año de 1541 por Carlos V, cédula que por su extensión no nos es dado reproducir, consta la nobleza de nuestro historiador, varios episodios de su vida, el nombre de Fernando Pimentel que se le dió al bautizarle, y las prerogativas de que debia disfrutar. Entre otras muchas cosas, dice el documento en cuestión: "Mando á mi virey que reside en la ciudad de México, á los alcaldes mayores, curas que son y serán en todos mis dominios, que donde fuere D. Fernando Pimentel Ixtlilxochitl ó alguno de sus hermanos que hay ó por haber, los tengan por grandes, por señores, los atiendan *al tanto que si mi misma majestad fuera*; y mando que tengan armas en su puerta, que sea un coyote con un estandarte en la boca, las armas con que peleaban, y los siete imperios; y les doy las siete caballerías de tierra con merced de seis dias de agua."

A pesar de estas y otras muchas concesiones hechas á la familia Ixtlilxochitl por Carlos V, consta que nuestro historiador al morir en 1649, á los setenta y nueve años de edad, estaba en

la miseria y en el abandono más triste. No comprendemos por qué en todos los escritos biográficos que á él se refieren, se le llama D. Fernando de Alba Ixtlilxochitl, aun por aquellos que han reproducido íntegra la real cédula de Carlos V. Si no fuera impropio de este lugar, haríamos un detenido estudio del Tito Livio mexicano, como le llamó Prescott; pero reservamos ese trabajo para sitio más oportuno. Terminarémos hoy dando la lista de las obras que escribió, siguiendo en este punto al sabio D. Fernando Ramírez:

1ª *Sumaria relacion de todas las cosas que han sucedido en la Nueva España, y de muchas cosas que los toltecas alcanzaron y supieron, desde la creacion del mundo hasta su destruccion y venida de los terceros pobladores chichimecas hasta la venida de los españoles.* (Sacada de la original Historia de la Nueva España, en cinco relaciones.)

2ª *Historia de los señores chichimecas hasta la venida de los españoles.* (En doce relaciones.)—3ª *Continuacion de la Historia de México.*—4ª *Pintura de México.*—5ª *Ordenanzas que hizo Netzahualcoyotl.*—6ª *La orden y ceremonia para hacer un señor, la cual constituyó Topiltzin, señor de Tula.*—7ª *La venida de los españoles á esta Nueva España.*—8ª *Noticias de los pobladores y naciones de esta parte de América llamada Nueva España.* (En trece relaciones.)—9ª *Entrada de los españoles en Texcoco.*—10. *Relacion sucinta de la historia general de esta Nueva España, desde el origen del mundo hasta la hora de ahora, colegida y sacada de las historias, pinturas y caracteres de los naturales de ella, y de los cantos antiguos con que la observaron.*—12. *Historia chichimeca.* (En noventa y cinco capítulos.)—13. *Cantos de Netzahualcoyotl.*—14. *Fragmentos históricos de la vida del mismo.*

## JIMENEZ, Miguel.

Uno de los más insignes profesores que ha producido la Escuela mexicana de Medicina, es el Dr. D. Miguel Jimenez, de quien vamos á hablar.

Nació en el pueblo de Amozoc, del Estado de Puebla, el día 10 de Octubre de 1813, de familia tan pobre como honrada. Su padre procuró educarle de una manera correspondiente á la precoz inteligencia que demostró en sus primeros años. Terminada su instruccion primaria, por el autor mismo de sus dias, Jimenez encontró serias dificultades para comenzar una carrera profesional, y hasta 1830 pudo emprender el estudio del idioma latino en Tasco, primero, al lado de su hermano mayor que fué eminente jurisculto, en Toluca despues, y por último en México. Estos cambios de maestros no impidieron que Jimenez hiciese grandes adelantos, llegando al fin á ser un consumado latinista, como lo demostró en el brillante exámen que sustentó en el Seminario Conciliar, al presentarse á cursar filosofia.

En Octubre de 1831 comenzó el curso llamado de artes, y en cada año de los tres subsecuentes sustentó los actos públicos con verdadero lucimiento, dejando indelebles recuerdos en el Seminario. La sociedad seminarista, en recuerdo de los méritos contraidos por Jimenez, le honró con el nombramiento de presidente y le inscribió entre los primeros fundadores.

En 1834 ingresó al "Establecimiento de Ciencias Médicas," hoy Escuela de Medicina, y fué él uno de sus más preclaros alumnos; obtuvo los lugares más distinguidos y las mayores consideraciones, tocándole en suerte ser del número de los que hicieron por primera vez en México los estudios prácticos de anatomía, de operaciones y de clínica, estudios que en aquella

época de atraso en que imperaban las más absurdas preocupaciones, fueron reputados como un verdadero escándalo.

El 6 de Setiembre de 1838 obtuvo el título de médico cirujano, y á principios de Noviembre siguiente fué nombrado "adjunto" de la Escuela, á propuesta unánime de los profesores que acababan de ser sus maestros. En Diciembre del mismo año fué designado para dar la cátedra de anatomía, durante la licencia del profesor propietario, lo que verificó no sin gran acierto. Esto hizo que en 1841, al crearse la plaza de prosector de anatomía, se pusiese bajo su direccion, despues de haber servido como sustituto la de patología interna desde Junio de 1839.

En 1845 la junta de catedráticos designó á Jimenez para el difícil cuanto espinoso cargo de profesor de clínica interna.

"Desde entónces, dice su ilustre biógrafo el sabio Dr. Barreda, data la éra de la espléndida trayectoria de nuestro insigne profesor y de nuestro inolvidable maestro. Allí era donde lo llamaba su vocacion; allí era donde su incansable laboriosidad, su inmensa y sólida instruccion, su singular penetracion, adunada á una admirable rectitud de juicio, y por último, su ardiente amor á la ciencia y su perfecta y cabal sinceridad y buena fe, que no le permitian jamás ocultar un error, descubriendo él mismo con una lealtad ejemplar los que la impericia de los discípulos habria podido dejar ignorados, sacando así igual, y aun á veces mayor provecho para la instruccion, de sus rarísimos errores, como de sus frecuentes aciertos; allí en el campo de la clínica, á la cabecera de los enfermos, y brazo á brazo con las dificultades del arte, era en donde sus brillantes dotes, entre las cuales descollaba cual gigantesco eucalipto un severo metodo de investigacion y de apreciacion, á la vez que una amplitud de miras y una fecundidad de concepciones para enlazar los fenómenos que la observacion le hacia descubrir, y que más incongruentes podian parecer; allí era, repito, en donde esas brillantes dotes debian encontrar un vasto campo de aplicaciones, asegurándole una corona de inmarcesible gloria, y de eterna gratitud y admiracion de cuantos tuvimos la honrosa satisfaccion de tenerlo por guía, de llamarlo MAESTRO.

"No era fácil suponer sin ser testigo de ello; no era casi posible llegar á creer, al verlo tan rehacio y tan intransigente en ciertas teorías sociales, qué amplitud y qué libertad de miras; qué independencía absoluta de toda idea ontológica y de toda traba teológica existía siempre en su mente como clínica: jamás en sus discursos, ni en la exposicion de sus doctrinas, ni en los fundamentos de sus juicios, se mezclaban ni entidades imaginarias, ni concepciones metafísicas, destinadas á disimular, bajo la apariencia de una mentida explicacion, una ignorancia real; no se veian invocadas en sus lecciones otra cosa sino las leyes reales de los fenómenos patológicos, tales como la observacion las habia mostrado, ya á él mismo, ya á otros, pero puras de toda fantástica personificacion que pudiese entorpecer el libre curso de sus ideas para encontrar la concepcion más propia á satisfacer las exigencias del caso y allanar las dificultades de la práctica.

"Nadie habria podido sospechar en aquella lógica positiva y vigorosa, á la par que fecunda y severa, en aquel andar libre y seguro en el terreno de la patología y de la terapéutica, en el que así discutía y sometía al crisol de su lógica inflexible y de su fisiología positiva las modificaciones somáticas que podian ser la causa de alteraciones psicológicas, como las que podian haber determinado un trastorno de la digestion, ó como pudieran estudiarse y discutirse las condiciones de una factura: nadie habria podido adivinar que pudiera haber un resto de su educacion ontológica, en el que á la cabecera del enfermo no tenia dos pesos y dos medidas, no conocia sino un solo método para tratar todas las cuestiones: el de "considerar las alteraciones de la funcion como un resultado necesario de las condiciones en que se verifica, y de las leyes fundamentales é invariables á que está sujeta," ya se trate de las más nobles, ya de las más groseras de estas funciones: nadie podria haber supuesto por sus lecciones clínicas, ni por sus escritos médicos, ni por las consultas y juntas á las que su inmensa reputacion lo conducia diariamente, un solo átomo en su mente de añeja filosofía, y sin embargo, lo contrario es lo cierto, la lógica del eminente profesor

no habia podido penetrar á otros dominios: el espíritu comentarista y dogmático del alumno del Seminario, que se propone deducir de ciertos textos tradicionales todas las reglas de conducta práctica, sin querer introducir ningun dato nuevo, existia todavía latente, ó mejor, confiando en ciertas limitadas regiones de aquella mente, por fortuna muy poco visitadas en la vida habitual del insigne patologista.

“No será allí donde nosotros le sigamos; no es por ese terreno donde pertenece á la historia: ésta le inmortalizará como profesor y como médico; sus virtudes prácticas formarán el remate de sus glorias; sus opiniones sobre otros puntos no atañen sino á él..... Tal es la ley de la inmortalidad histórica. Ella, semejante al crisol sometido al fuego de la inufla, purifica los preciosos metales, dejando evaporar y perder lo que no tiene importancia, y conservando el valioso resíduo.”

Abierto en 1849 un concurso para proveer la cátedra de patología interna, Jimenez la obtuvo por unanimidad, confirmando con las pruebas del concurso el altísimo concepto que de su ciencia profunda y de su vastísima inteligencia se tenia de antemano. Poco tiempo despues permutó con el profesor de clínica interna, y ocupó en propiedad la cátedra en la que habia prestado ya eminentes servicios. A ella se consagró desde aquel momento hasta su muerte.

Refiriéndose el Dr. Barreda en el elogio fúnebre de Jimenez á los trabajos de éste, dice lo siguiente:

“Los escritos con que enriqueció á la ciencia fueron muchos: todos ellos marcados con el sello de la filosofía que bebió en el estudio de los hechos y de las ciencias de observacion, todos ellos de un carácter esencialmente práctico y positivo sin mezcla de dogmatismo ni de rutina.

“Un estudio minucioso y concienzudo sobre la fiebre exantemática de México, á la que conservó el nombre vulgar de “tabardillo,” fué el resultado de un gran número de observaciones, que comenzó á recoger y á analizar desde su entrada como director de una sala en el hospital de San Juan de Dios, y que continuó en su clase de clínica. Los “Apuntes para la historia

de la fiebre patequial ó tabardillo que reina en México,” serán siempre un modelo de perfecta sinceridad científica y del método de observacion pura. Desde entónces (1846) es cuando data el conocimiento en México de este terrible azote en todos sus detalles y consecuencias, así como en las analogías y diferencias que tiene con la fiebre tifoidea descrita por Louis en Francia.

“Las afecciones del hígado, y muy especialmente los abscesos, tan frecuentes entre nosotros, fueron el objeto predilecto de sus estudios: en su diagnóstico y pronóstico adquirió una admirable pericia: él fué el primero que demostró con hechos bien observados, que una terminacion de los abscesos hepáticos, que los europeos, “á priori” sin duda, habian declarado ser la más peligrosa, lo era sin embargo mucho ménos que las otras: la comunicacion del foco purulento con los bronquios al través del peritoneo, del diafragma, de la pleura y del tejido mismo del pulmon, es en efecto un conjunto de lesiones que á primera vista debian hacer suponer una terminacion funesta: la experiencia acreditó, sin embargo, lo contrario.

“Jimenez, partiendo de este dato, resolvió con una sagacidad y con una fuerza de raciocinio y de induccion, que no serán jamás superadas, el gran problema del tiempo y forma en que deben abrirse los abscesos de hígado; problema que por su importancia habia ejercitado por mucho tiempo en vano la penetracion de los médicos de todas las partes del mundo. Los numerosos éxitos obtenidos diariamente con este método, y las víctimas arrancadas sin cesar por él á las garras de la muerte, forman la aureola brillante de su invento, porque él no fué el producto de un encuentro afortunado, que pudiera haber incumbido al primer transeunte, sino el producto y la creacion del genio, que supo buscar y encontrar las verdaderas condiciones de un problema inmensamente complicado, y satisfacerlas de un modo tan cabal como inesperado.

“Yo no emprenderé, agrega, el análisis de todos los trabajos científicos del profesor cuya pérdida deploramos; ellos se encuentran consignados en casi todas las páginas de la *Gaceta* y de los demas periódicos de medicina, ya sea por su propia plu-

ma, ya por la de sus discípulos: todos más ó menos directamente, emanaban de su enseñanza clínica que fué siempre un venero inagotable de ideas fecundas y prácticas. Él fué el que vulgarizó en México y aun perfeccionó la auscultacion y la percusion, para la exploracion de los enfermos, y en general todos los medios físicos de investigacion. Por esos medios en los que adquirió una destreza proverbial, el diagnóstico de las enfermedades de la pleura y de las vias respiratorias, llegó en él á una precision matemática, pudiendo decirse que las paredes del tórax eran transparentes para él.

“En el tratamiento de la embolia intestinal, Jimenez con su habitual perspicacia, ha sabido comprender la funesta influencia que el dolor, aunque simple consecuencia al parecer del mal principal, tiene sobre la marcha de éste, por las contracciones tumultuosas que suscita por accion refleja, en vez de los graduales y sucesivos movimientos peristálticos que serian de desearse. Consecuente con este análisis de dinámica patológica, estableció como primera indicacion del tratamiento del ileus, la aplicacion prolongada del heroico anestésico del siglo, rompiendo así el gastado carril del rutinero dogmatismo, y demostrando con sus brillantes éxitos, que la pretendida sabiduría de la naturaleza es una pura fantasía, que si á veces parece estar de acuerdo con los hechos, otras está en completa oposicion con ellos; y que en la medicina como en las demas artes, las condiciones espontáneas de los hechos unas veces son favorables y otras adversas á nuestros deseos, deduciéndose racionalmente de aquí el precepto de favorecer las primeras y de combatir las segundas; pero sin que esto autorice de ningun modo la infantil y cándida suposicion de una solicitud providencial, ó de una hostilidad intencional de la naturaleza.

“Todas las academias, todas las corporaciones científicas de la capital y de la República entera, se apresuraban á tener la honra de contarle entre sus miembros, así como tambien algunas del extranjero, y todas sacaban copioso y sólido fruto de esa adquisicion.

“A sus brillantes cualidades intelectuales unia Jimenez una

cabal pureza de intenciones, un deseo ardiente por el progreso de la medicina, su deseo predilecto, por la felicidad de su patria, á la que amaba hasta el delirio, hasta el extravío; una inquebrantable energía de carácter, un vigor moral á toda prueba, del cual las dió inconcusas en su última terrible enfermedad; un afecto nunca desmentido hácia su familia y hácia sus amigos, conservando inalterables muchas de sus relaciones de la infancia; una caridad sincera y sin ostentacion; un conjunto, en fin, de todas las cualidades morales que pueden ennoblecer y hacer fecunda una inteligencia colosal..... Pedid más para la inmortalidad, y se os tachará, con razon, de injustos y de ciegos.”

De intento hemos trascrito *in extenso* las palabras del Dr. Barrera. Ninguna voz más autorizada que la suya en materias científicas; nadie podia honrar mejor al sabio que otro sabio.

El Dr. Jimenez falleció el 2 de Abril de 1876. La Escuela de Medicina de que fué él, como hemos visto, catedrático ilustre, y la Academia de que fué fundador y varias veces presidente, le tributaron solemnes homenajes, en los funerales que tuvieron lugar el 8 del propio mes. La mayor parte de las piezas oratorias y de las composiciones poéticas leídas en aquella ceremonia, formaron la “Corona Fúnebre” publicada en Mayo siguiente por la *Gaceta*. En esas páginas podrán encontrar los que lo deseen, nuevos y elocuentísimos testimonios del raro mérito del sabio profesor, que, lo repetimos, honra con su nombre á la patria que se gloria de contarle entre sus hijos más esclarecidos.

---

### JIMENEZ, Lauro.

---

Es digno de notarse, y debe haberlo hecho ya el lector, que á la Escuela de Medicina de México es deudora la nacion de muchos nombres gloriosos que la honran. De varios distinguidos profesores hemos tratado; hoy vamos á hablar de otro, y